
LAS DOS ANCIANAS



«Tras leer estas páginas, me senti mejor persona»
Ursula K. Le Guin

Velma Wallis

Hay novelas que parecen leyendas, y la historia de las dos ancianas que vivieron en las heladas tierras de Alaska tiene el sabor de esas antiguas enseñanzas que los hijos reciben de boca de sus padres en las largas noches de invierno...

Érase una vez dos ancianas que fueron abandonadas y condenadas a morir de frío e inanición. Tras el desconcierto inicial, el espíritu de supervivencia se impuso y, olvidados sus achaques, las dos decidieron luchar para vencer la muerte. Así descubrieron cualidades que les permitieron salvar la vida y saberse mejores frente a sí mismas y frente a los demás.

Con palabras sencillas, Velma Wallis nos entrega una fábula que viene del frío pero conserva la calidez de un mensaje espiritual que busca y encuentra amor en los gestos más humildes y en las voces más sinceras.

Dedico este libro a todas aquellas personas mayores que me han sorprendido por sus conocimientos, sabiduría y singularidad.

Agradecimientos

La mayoría de los artistas pueden decir que si no fuera por ciertas personas no habrían conseguido el éxito. En este caso, tanto por el relato como por mí misma, la lista es larga y variada.

En primer lugar querría dar las gracias a mi madre, Mae Wallis. Sin ella este relato no existiría y jamás hubiera sentido el deseo de ser una narradora.

No olvido tampoco las muchas noches que ella dedicó a contarnos historias.

Quisiera dar las gracias a las personas que durante estos años creyeron en este relato, y que lo resucitaron cuando parecía condenado a perderse en el olvido: Barry Wallis, Marti Ann Wallis, Patricia Stanley y Carroll Hodge. A Judy Erick de Venetie por su total disponibilidad para ayudarme con las traducciones del gwich'in y a Annette Seimens por haberme dejado usar su ordenador.

Por último, quiero dar las gracias a Marilyn Savage por su generosidad y constante estímulo. Gracias a los editores Kent Sturgis y Lael Morgan por compartir nuestra visión. Y gracias a Virginia Sims por encargarse de que el relato conservara su identidad después de pasar por edición.

Mashi Choo a todos por compartir este humilde relato.

Velma Wallis

Introducción

Todos los días, después de cortar leña, nos sentábamos y hablábamos en nuestra pequeña tienda a la orilla de la desembocadura del Porcupine River, cerca del lugar donde este río se une al Yukon. Al final mamá siempre me contaba un cuento, y allí estaba yo, que ya no era ninguna cría, escuchando con atención las historias que mi madre me contaba para dormir. Una noche me contó un cuento que yo no conocía y que hablaba de dos ancianas y de su duro viaje plagado de dificultades.

Lo que le había traído el relato a la mente era una conversación que habíamos tenido cuando recogíamos leña para el invierno codo con codo. Nos sentamos en nuestros lechos, asombrados de que mamá, que ya pasaba de los cincuenta, pudiera seguir haciendo aquella dura tarea mientras casi todos los de su generación hacía mucho que se habían resignado a la vejez y a sus limitaciones. Le dije que quería ser como ella cuando fuera mayor.

Empezamos a recordar cómo eran las cosas antes. Mi abuelo y todos los ancianos de aquel entonces trabajaban hasta que ya no podían moverse o morían. Mamá se sentía orgullosa de no aceptar las limitaciones de la vejez y de que aún pudiera recoger la leña para el invierno a pesar de que el trabajo exigía un gran esfuerzo físico, algunas veces llevado hasta el límite. Durante nuestras conversaciones, mamá recordó esta historia en particular porque tenía relación con lo que pensábamos y sentíamos en aquel momento.

Más tarde, en nuestra cabaña de invierno, escribí lo que ella me había contado. Me impresionó no sólo porque me enseñó una lección que podía serme útil en la vida, sino también porque trataba de mi gente y de mi pasado, algo a lo que podía aferrarme y llamar mío. Los cuentos son regalos de una persona mayor a otra joven. Por desgracia, este regalo no es algo que se dé o se reciba con frecuencia hoy en día porque muchos de nuestros jóvenes están demasiado ocupados con la televisión y el ritmo frenético de la vida moderna. Quizá en el futuro, algunos de la generación actual que sean lo suficientemente sensibles como para haber prestado oídos a la sabiduría de sus mayores, conservarán estas historias tradicionales en su memoria. A lo mejor, la generación del mañana añorará relatos como éste que les ayuden a comprender mejor su pasado y su gente, y espero que también a sí mismos.

A veces ocurre que las historias sobre una cultura, contadas por alguien ajeno a ella, se malinterpretan. Eso es muy grave, porque una vez impresos, algunos relatos son fácilmente aceptados como reales, pero pueden no serlo.

Este cuento de las dos ancianas se remonta a un tiempo lejano, muy anterior a la llegada de la cultura occidental, y se ha transmitido de generación en generación, de una persona a otra, hasta llegar a mi madre y luego a mí. Aunque he recurrido a mi imaginación para recrearla, ésta es de hecho la historia que me contaron y lo esencial de ella permanece de la misma forma en que mi madre quiso transmitírmela.

La historia me enseñó que no debemos poner límites a nuestra propia capacidad, y mucho menos por motivo de la edad, para realizar en la vida nuestro cometido. Dentro de cada individuo, en este mundo inmenso y complejo, late un increíble potencial de grandeza. Sin embargo raramente esos dones ocultos cobran vida, a no ser por un azar del destino.

1

Las víctimas del hambre y el frío

El aire se extendía, silencioso y frío, sobre la vasta tierra. Las ramas de los altos abetos colgaban cargadas de nieve, esperando los lejanos vientos de primavera. Los sauces escarchados parecían estremecerse bajo el influjo del aire gélido.

A lo lejos, en aquella tierra de aspecto sombrío, grupos de gente cubierta con pieles y cueros de animales se acurrucaban en torno a pequeñas hogueras. Sus rostros curtidos reflejaban la desesperación ante la perspectiva del hambre, y el futuro no auguraba días mejores.

Estos nómadas eran el Pueblo de la región ártica de Alaska, en perpetuo movimiento, siempre en busca de comida. Adondequiera que fueran los caribúes y otros animales migratorios, ellos los seguían. Pero el intenso frío invernal traía también otros problemas. El alce, su fuente predilecta de sustento, se guarecía en su refugio del duro frío, sin moverse, y resultaba difícil encontrarlo. Animales más pequeños y accesibles, como los conejos y las ardillas, no proporcionaban comida suficiente. Durante las épocas de frío, incluso los pequeños animales desaparecían, bien escondidos en sus guaridas, o bien diezmados por los depredadores, ya fueran hombres o animales. Así que durante esa helada severa e inusual de finales de otoño, la tierra parecía desprovista de vida y el frío se cernía como una amenaza.

Con las heladas, la caza exigía más energía que durante otras estaciones. Así pues, los cazadores eran los primeros a la hora de repartir la comida, pues el Pueblo dependía de su pericia. Sin embargo, eran tantos los que necesitaban alimentarse que la comida no tardaba en desaparecer, y a pesar de sus esfuerzos, muchas mujeres y niños sufrían de desnutrición, y algunos morirían de hambre.

En este grupo en particular había dos ancianas a las que el Pueblo cuidaba desde hacía muchos años. La mayor se llamaba Ch'idzigaak, pues cuando nació sus padres le vieron cierto parecido con un pájaro carbonero. La otra anciana se llamaba Sa', que significa «estrella», porque su madre miraba el cielo nocturno de otoño, concentrada en las lejanas estrellas, para distraerse de los dolores del parto. Cuando el grupo llegaba a un nuevo lugar de acampada, el jefe mandaba a los jóvenes que construyeran refugios para las dos ancianas y que las abastecieran de leña y agua. Las mujeres más jóvenes arrastraban de un campamento a otro las pertenencias de las mayores y, a su vez, ellas curtían las pieles de los animales para quienes las ayudaban. Este acuerdo daba muy buenos resultados.

Sin embargo, las dos ancianas compartían un defecto de carácter nada corriente en personas de aquella época. Se quejaban constantemente de achaques y padecimientos, y llevaban bastones para demostrar sus dolencias. Sorprendentemente, eso no parecía molestar a los demás, a pesar de que todos habían aprendido desde pequeños que los habitantes de una patria tan inclemente no podían tolerar esa debilidad. Pero nadie se lo reprochaba y las mujeres seguían viajando con los más fuertes. Hasta que llegó un fatídico día.

No era el frío lo único que llenaba el aire aquel día en que el Pueblo se reunió en torno a las hogueras, vacilantes y escasas, para escuchar al jefe. Era un hombre que sacaba casi una cabeza a los demás y, envuelto en el cuello de piel de su parka, habló de los duros y fríos días que vendrían y

de lo que cada cual tendría que hacer si querían sobrevivir al invierno. Luego, en voz alta y nítida, anunció de repente:

—El consejo y yo hemos tomado una decisión. —Hizo una pausa, como si buscara fuerzas para proseguir—: Tenemos que abandonar a las ancianas.

Sus ojos recorrieron rápidamente el grupo a la espera de una reacción. Pero el hambre y el frío habían hecho estragos, y el Pueblo no pareció conmoverse. Muchos lo esperaban, y algunos creían que era lo mejor. En aquellos días, abandonar a los viejos en tiempos de hambruna era frecuente, aunque ésa era la primera vez que ellos lo hacían. La desolación de la tierra primitiva parecía exigirlo, ya que, para poder sobrevivir, la gente se veía forzada a imitar algunas de las costumbres de los animales. Al igual que los lobos más jóvenes y diestros se deshacen de un viejo líder de la manada, esa gente abandonaba a sus ancianas para poder viajar más rápidamente sin una carga adicional.

La mayor, Ch'idziguaak, tenía una hija y un nieto en el grupo. El jefe los buscó entre la multitud y comprobó que ellos tampoco habían reaccionado. Tranquilizado al ver que su desagradable declaración no había provocado ningún incidente, el jefe ordenó a todos que recogieran de inmediato sus posesiones. Sin embargo, aquel hombre valeroso, su líder, no fue capaz de mirar a las dos ancianas, porque ya no se sentía tan fuerte. El jefe sabía que el Pueblo, que había cuidado a las dos ancianas, no pondría objeciones. La dureza de aquellos tiempos anulaba de tal modo a los hombres que una palabra dicha a la ligera, o una cosa mal hecha, desataba la ira entre ellos y empeoraba la situación. Así que los miembros débiles y derrotados guardaron el asombro para sus adentros, temerosos de la crueldad y la brutalidad que el pánico podía desatar entre esa gente que luchaba por la supervivencia. Sin embargo, a lo largo de los muchos años que las mujeres llevaban con el grupo, el jefe les había tomado afecto. Ahora quería irse tan pronto como

fuera posible, antes de que las dos ancianas le miraran y le hicieran sentir peor que nunca en su vida.

Las dos mujeres siguieron sentadas, viejas y diminutas, ante la hoguera, con las barbillas orgullosamente erguidas para ocultar su sobresalto. De jóvenes habían visto abandonar a los muy ancianos pero nunca se habían imaginado que les tocara semejante destino. Miraban fijamente a lo lejos, aturdidas, como si no hubieran oído que su jefe las condenaba a una muerte cierta, abandonadas a su suerte en una tierra que sólo respetaba la fuerza y en la cual, ellas, ancianas y débiles, no tenían ninguna posibilidad de vencer. La noticia las dejó sin habla, sin capacidad de reacción y sin posibilidad de defenderse.

De las dos, sólo Ch'idzigyaak tenía familia: una hija, Ozhii Nelii, y un nieto, Shruh Zhuu. Esperaba que su hija protestase; pero como ésta no lo hizo, se quedó más hundida que nunca. Ni siquiera su propia hija intentaba protegerla. A su lado, Sa' también estaba aturdida. La cabeza le daba vueltas, quería gritar pero ningún sonido salía de su garganta. Se sentía como si viviera una espantosa pesadilla en la que no podía moverse ni hablar.

Mientras el grupo se alejaba caminando pesadamente, la hija de Ch'idzigyaak se acercó a su madre llevando un haz de babiche, unas gruesas tiras de piel de arce que servían para fines diversos. La vergüenza y el dolor la obligaron a bajar la cabeza, porque su madre rehusó mirarla. Ch'idzigyaak siguió mirando, impávida, hacia delante. Ozhii Nelii estaba muy angustiada. Temía que si defendía a su madre, el Pueblo decidiera abandonarles a ella y a su hijo o, peor aún, que hicieran algo más terrible a causa de su estado de inanición. No se atrevió a correr un riesgo tan grande. Con estos terribles pensamientos y con la mirada triste, Ozhii Nelii imploró en silencio perdón y comprensión mientras posaba suavemente el babiche delante de su madre, imperturbable. Luego dio la vuelta lentamente y se

alejó con el corazón encogido, segura de que la había perdido.

El nieto, Shruh Zhuu, estaba aturdido ante aquella crueldad. Era un chico extraño. Mientras los otros muchachos hacían alarde de su virilidad en competiciones de caza y lucha, él prefería ayudar a su madre y a las dos ancianas buscando provisiones. Su comportamiento resultaba ajeno a la estructura de organización del grupo, que cada generación aprendía de la anterior. Era costumbre que las mujeres se hicieran cargo de las tareas más pesadas, como arrastrar los toboganes cargados, y realizar las faenas más laboriosas, mientras los hombres se dedicaban a la caza para asegurar la supervivencia del grupo. Nadie se quejaba; así había sido siempre y así seguiría siendo.

Shruh Zhuu sentía mucho respeto por las mujeres. Veía cómo eran tratadas y no estaba de acuerdo. Y aunque se lo habían explicado una y otra vez, nunca entendió por qué los hombres no ayudaban a las mujeres. Pero sabía por experiencia que no debía discutir las reglas, porque sería una irreverencia. Cuando era más joven, Shruh Zhuu no temía expresar sus opiniones sobre este tema: la juventud y la inocencia le protegían. Más adelante aprendió que ese comportamiento provocaba castigos. Supo qué era el dolor del castigo del silencio cuando incluso su madre se negó a hablarle durante días.

Así que Shruh Zhuu comprendió que pensar ciertas cosas provocaba menos dolor que decirlas.

Aunque creía que abandonar a dos ancianas desamparadas era el peor acto que el Pueblo podía llevar a cabo, Shruh Zhuu luchaba consigo mismo. Su madre vio cómo la furia asomaba a sus ojos y adivinó que estaba a punto de protestar. Se le acercó rápidamente y le susurró al oído con insistencia que no lo hiciera, que los hombres estaban lo bastante desesperados como para cometer cualquier crueldad. Shruh Zhuu observó las caras sombrías de los hom-

bres, así que se mordió la lengua aunque en su corazón siguió latiendo la rebeldía.

Por aquel entonces, a los jóvenes se les enseñaba a cuidar bien sus armas, a veces mejor que de sus seres queridos, porque de ellas dependería su subsistencia cuando fueran hombres. Si un joven no utilizaba sus armas como era debido, o las empleaba para un fin distinto al acostumbrado, era castigado con dureza. A medida que crecían, los muchachos aprendían el poder de sus armas y el significado que tenían, no sólo para su propia supervivencia sino para la de todos.

Shruh Zhuu dejó a un lado todo lo aprendido y renunció a su propia seguridad. Sacó del cinturón su hacha, fabricada con afilados huesos de animales atados firmemente con babiche duro, y la colocó sigilosamente en una rama espesa en lo alto de un tupido abeto joven, oculta a los ojos del Pueblo.

Mientras la madre de Shruh Zhuu hacía un fardo con sus pertenencias, él se giró hacia su abuela. Ella parecía no mirarle, pero Shruh Zhuu, cerciorándose de que nadie le miraba, señaló con el dedo su cinturón vacío y luego el abeto. Una vez más, dirigió a su abuela una mirada desesperanzada, se volvió con pesar y se fue caminando hacia los otros, deseando con todas sus fuerzas hacer algo para que terminara aquel día de pesadilla.

El grupo de gente hambrienta se alejó poco a poco, abandonando a las dos mujeres, que permanecieron sentadas con la misma expresión de aturdimiento, sobre una pila de ramas de abeto. La pequeña hoguera reflejaba un suave resplandor anaranjado en sus rostros curtidos. Pasó mucho rato antes de que el frío sacara a Ch'idzigyaak de su estupor. Había visto el gesto desvalido de su hija pero creía que su única hija hubiera debido defenderla aún a costa de su propia vida. El corazón de la anciana se ablandó al pensar en su nieto. ¿Cómo iba a albergar rencor hacia un ser tan joven y cariñoso? Los otros merecían su ira, ¡sobre todo su

hija! ¿No le había enseñado a ser fuerte? Lágrimas ardientes, incontrolables, corrieron por su rostro.

Justo entonces, Sa' levantó la cabeza y vio las lágrimas de su amiga. Su corazón se llenó de ira. ¿Cómo se habían atrevido? Las mejillas le ardían por la humillación. ¡Ninguna de las dos estaba cerca de la muerte! ¿No habían cosido y curtido a cambio de lo que recibían? No tenían que cargarlas de un campamento a otro. No estaban desamparadas ni indefensas; sin embargo, las habían condenado a muerte. Su amiga había visto pasar ochenta veranos; ella, setenta y cinco. Los viejos a quienes había visto abandonar cuando era joven estaban tan cerca de la muerte que algunos se habían quedado ciegos y no podían ni andar. Pero allí estaba ella. Aún caminaba, veía, hablaba, y aun así... ¡bah! Los jóvenes de hoy buscaban el camino más fácil para escapar de las dificultades. Mientras el aire frío apagaba el fuego, Sa' cobraba vida con un fuego interior más fuerte, como si su espíritu hubiera absorbido la energía de las brasas, ahora resplandecientes, de la hoguera. Se acercó al árbol y recuperó el hacha mientras, con una suave sonrisa, pensaba en el nieto de su amiga. Con un suspiro se acercó a su compañera, que aún no se había movido, y miró el cielo azul. Para sus ojos experimentados, el azul en esa época de invierno significaba frío; y a medida que la noche se acercara el frío sería más intenso. Con expresión preocupada, Sa' se puso de rodillas junto a su amiga y le habló con voz suave pero firme:

—Amiga mía. —Hizo una pausa con la esperanza de que acudiera en su ayuda la fuerza que no sentía—. Podemos quedarnos aquí sentadas esperando la muerte. No tendremos que esperar mucho... —Su amiga levantó la vista con los ojos llenos de pánico y Sa' añadió de inmediato—: El momento de abandonar este mundo no ha llegado para nosotras todavía.

Pero moriremos si permanecemos aquí sentadas esperando. Eso demostraría que ellos tenían razón al creernos

indefensas.

Ch'idzigyaak escuchó aterrorizada. Al ver que su amiga se resignaba peligrosamente a ese destino impuesto, Sa' la instó con más energía:

—¡Sí, en cierto modo nos han condenado a muerte! Creen que somos demasiado viejas e inútiles. ¡Se olvidan de que también nosotras hemos ganado el derecho a vivir! Así que, amiga mía, vamos a morir luchando, no sentadas.

2

«Moriremos luchando»

Ch'idzigaak había permanecido sentada y quieta, como si intentara poner en orden su mente confusa. Una pequeña chispa de esperanza se encendió en la oscuridad en la que se hallaba inmersa al escuchar las enérgicas palabras de su amiga. Sintió que el frío mordía sus mejillas empapadas por las lágrimas, y escuchó el silencio que el Pueblo había dejado tras su marcha. Sabía que lo que su amiga decía era verdad, que en esa tierra apacible y fría les esperaba una muerte segura si no hacían nada para evitarlo. Por fin, con más desesperación que determinación, se hizo eco de las palabras de Sa'.

—Vamos a morir luchando.

Su amiga la ayudó a levantarse de las ramas húmedas. Recogieron pequeñas ramas para hacer una hoguera y añadieron trozos de hongos, que crecían grandes en los árboles caídos, para que el fuego se mantuviera vivo. Revisaron las otras hogueras con el fin de salvar cualquier rescoldo que encontrasen. Por aquel entonces, cuando los grupos migratorios recogían sus pertenencias para trasladarse, conservaban los carbones calientes en sacos hechos de piel de alce o cortezas de abedul endurecidas y llenas de cenizas en las que los rescoldos seguían vivos.

Mientras la noche se acercaba, las mujeres cortaron finas tiras del haz de babiche e hicieron lazos corredizos del tamaño de la cabeza de un conejo. Luego, a pesar del can-